

Jorge Gutiérrez

Carlos Berzosa: “Corren malos tiempos para el pensamiento crítico”

Galde, 37, verano de 2022.

Carlos Berzosa es una de las personas más conocidas del panorama universitario del país. Catedrático de Economía Aplicada, ya jubilado, fue durante 8 años (de 2003 a 2011) Rector de la mayor universidad española (la Universidad Complutense de Madrid), habiendo sido los 14 años anteriores Decano de la Facultad de CC. Económicas de dicha universidad. Carlos Berzosa es, también, autor de numerosos libros y publicaciones académicas, además de columnista habitual en algunos medios de comunicación.

¿Cómo crees que afecta al trabajo universitario la mercantilización del conocimiento que se ha producido a lo largo de las últimas décadas? ¿Está actualmente el trabajo universitario condicionado por las fuerzas del mercado?

CARLOS BERZOSA.- En la universidad se han incorporado palabras, que se utilizan cada vez con mayor frecuencia, que provienen del mundo de la economía de mercado, tales como productividad, competitividad, eficiencia, por mencionar algunas. Esto es un síntoma más de la progresiva mercantilización y del poder que las fuerzas del mercado tienen sobre la universidad. Todo este proceso supone una pérdida del conocimiento en favor de las habilidades y destrezas, que tanto gusta a las autoridades académicas. La Universidad se convierte cada vez más en una escuela de formación profesional de grado superior a costa de perder su principal esencia.

La universidad fue una parte importante de la construcción del Estado-nación moderno, formando a las élites y proporcionando el conocimiento que sostuvo el proyecto de desarrollo nacional. ¿Qué papel puede jugar ahora en un mundo globalizado e interdependiente?

C. B.- En efecto, la universidad nació para formación de las élites y se convirtió en un aparato del Estado de reproducción del orden dominante. Este hecho no se puede olvidar porque es su función principal, aunque la enseñanza también ejerció un espíritu crítico e ilustrado, que supuso en la transmisión del conocimiento un caldo de cultivo para que surgiera un espíritu rebelde contra el orden establecido. En la globalización este papel ha cambiado profundamente. Por un lado, la interdependencia favorece la transmisión del conocimiento, pero, por otro lado, la tendencia a la mercantilización o la pérdida de la capacidad crítica que fomenta estudiantes sumisos y deslumbrados por las tecnologías de comunicación e información. El individualismo y el pragmatismo se imponen.

¿En qué medida la disminución de la financiación pública y la mayor presencia de fondos privados está condicionando y disminuyendo la autonomía y la libertad del trabajo universitario?

C. B.- En realidad, en el caso concreto de España, la disminución de los fondos públicos no ha supuesto un aumento significativo de la financiación privada. En todo caso, sí se produce en la investigación, de lo que luego hablaré. De hecho en nuestro caso, el interés

del mundo empresarial por la Universidad es bastante bajo. Eso sí, tratan de influir desde fuera indicando y presionando sobre cuál debe ser el papel de la universidad para preparar a los futuros licenciados que deben pasar a formar parte de los cargos directivos del mundo empresarial. Por desgracia, la pérdida de autonomía en el trabajo académico viene dada por las propias universidades y dirigentes educativos, que han asumido los valores empresariales.

En los últimos años se ha producido un aumento de la financiación privada de la investigación universitaria. ¿Cómo crees que afecta todo ello a la función social de la universidad y a las relaciones de la universidad con su entorno no mercantil?

C. B.- La financiación privada en investigación sí que ha ido en aumento, aunque hay que señalar, que, salvo alguna excepción, tampoco es demasiado elevada, pues en España la investigación privada sigue siendo baja. La mayor parte de los proyectos de investigación son de financiación pública, bien provengan del Estado central, de las Comunidades y municipios, bien de la Unión Europea. Hay, de todos modos, una presión desde los investigadores para captar fondos privados. Cada vez más las universidades se dedican a ello. Lo importante en este caso es que los fondos privados cuando llegan a la universidad se gestionen con intereses públicos y exigiendo a los investigadores autonomía en su labor científica en relación con lo que pueden ser los objetivos de los pagadores. En cualquier caso, siempre hay un peligro en relación con la dependencia que esto puede suponer.

Una voz autorizada es la de Derek Bok, que fue rector en Harvard. Escribió el libro *Universidades a la venta. La comercialización de la educación superior* (Publicaciones de la Universidad de Valencia (PUV), 2010) en el que dice: «Una universidad puramente pragmática, que intenta incrementar sus recursos financieros a través de cualquier mecanismo permitido, puede que en ocasiones gane alguna ventaja, pero a la larga no será una institución que prospere». Más adelante señala: «Poco a poco, vemos como la comercialización amenaza con cambiar el espíritu de la universidad, de tal modo que limita su libertad, mina su efectividad y la relega a un estatus inferior dentro de la sociedad».

¿Crees que hay futuro para un conocimiento crítico, no fácilmente comercializable y para una universidad que lo impulse? ¿Qué condiciones deberían darse para ello?

C. B.- Considero que debe haber un futuro para un conocimiento crítico, aunque las tendencias actuales me hacen sentirme pesimista. Me jubilé pasados los 70 años y estuve tres más de emérito, que es el máximo que en la Complutense se puede estar en esta condición. Mi decisión ha estado basada, a pesar de las circunstancias adversas, en mi gusto por la docencia, pero también por ser un economista crítico y combatir para que este pequeño reducto no desapareciese. Las condiciones para que permanezca el pensamiento crítico no son muy esperanzadoras. Creo que mi generación y los que vienen algunos años detrás somos los últimos. Los jóvenes, por lo general, ya no son críticos, pero no por culpa de ellos sino por las condiciones que ha impuesto el sistema con la idoneidad y las acreditaciones que supone la necesidad de publicar en revistas de impacto, que están controladas por el pensamiento dominante.

Corren malos tiempos para el pensamiento crítico. Como escribí en el prólogo en el libro coordinado por Albert Corominas y Vera Sacristán *Construir el futuro de la universidad pública* (Icaria, 2010): «La universidad, atrapada por el discurso tecnocrático y especializado, ha perdido capacidad crítica, de elaborar enfoques globales, de erudición y

de componente cultural». Las condiciones para que tenga lugar un pensamiento crítico suponen recuperar la esencia de lo que debe ser la universidad y cambiar los requisitos establecidos para acceder a la docencia universitaria. Revertir las nefastas tendencias actuales.

¿Qué opinas de las transformaciones que se han venido dando durante el presente siglo en las universidades europeas, de la mano de lo que se llamó el proceso de Bolonia?

C. B.- Las tendencias son anteriores al proceso de Bolonia. Es posible que Bolonia las agudice, pero no se puede responsabilizar de todo lo que ocurre al intento de establecer una convergencia de la educación superior en la Unión Europea. Lo que resulta evidente es que el objetivo de conseguir una convergencia no se ha dado, salvo en algunas cuestiones, duración de los grados y másteres, pero no en el fondo de lo que deben ser los estudios universitarios.

¿Qué opinión te merece la competencia entre universidades por la captación de alumnos-clientes, y el papel que juegan rankings de universidades como el famoso Ranking de Shangai?

C. B.- La competencia entre universidades es el intento de trasladar a la universidad conceptos provenientes del mundo empresarial. Esto me parece inadecuado para instituciones docentes y de investigación, pues lo que hay que buscar como objetivo es ser competentes y no competitivos como si de un mercado se tratara. En este sentido resulta muy preocupante el intento, que se oye cada vez con más frecuencia en determinados discursos, de trasplantar la gestión empresarial al mundo universitario. Los rankings universitarios responden a la ideología que se ha implantado en el mundo universitario y que he mencionado. Cualquier clasificación que se haga de las universidades es imperfecta e incompleta y depende de los indicadores que se utilizan. Se puede observar que, si bien el de Shangai es el más conocido e influyente, hay otros y los resultados difieren. Se ha producido una fiebre por hacer rankings. Todo ello no hace más que entorpecer el trabajo universitario de docencia e investigación, debido a que se dificulta la libertad de enseñar e investigar. En todos los indicadores se encuentra infravalorada la docencia, pues resulta difícil medirla. Dejar de lado la transmisión del conocimiento es una deficiencia de todos los rankings. La insistencia en hacer clasificaciones responde al intento de cuantificar y comparar todo, que es propio de la sociedad en la que vivimos y que se caracteriza por el pensamiento débil.

¿Está la docencia escasamente valorada en el quehacer universitario?

C. B.- La docencia se encuentra muy poco valorada. El hecho de que prime fundamentalmente la investigación, tanto para los rankings como para la promoción profesional del profesorado, promueve que éstos se centren y utilicen la mayor parte de su tiempo en realizar investigaciones para publicar en revistas que han sido catalogadas idóneas para la evaluación del trabajo científico. Se descuida como consecuencia la docencia, a la que no se le reconoce ninguna validez en la promoción personal.

Considero que la universidad debe investigar pero las preguntas que hay que hacerse son: ¿Todo el profesorado debe ser investigador? ¿Los buenos investigadores son necesariamente buenos profesores? La respuesta hay que encontrarla en el libro de Ken Bain *Lo que hacen los buenos profesores universitarios* (PUV): «Sin excepción, los

profesores extraordinarios conocen su materia extremadamente bien. Todos ellos son consumados eruditos, artistas o científicos en activo. Algunos poseen una impresionante lista de publicaciones de las que más aprecian los académicos. Otros presentan registros más modestos o, en algunos casos, prácticamente ninguno en absoluto. Pero ya sea con muchas publicaciones o no, los profesores extraordinarios están al día de los desarrollos intelectuales, científicos o artísticos de importancia en sus campos, razonan de forma valiosa y original en sus asignaturas, estudian con cuidado y en abundancia lo que otras personas hacen en sus disciplinas, leen a menudo muchas cosas de otros campos (en ocasiones muy distantes del suyo propio) y poseen mucho interés en los asuntos generales de sus disciplinas: las historias, controversias y discusiones epistemológicas.

»En resumen, pueden conseguir intelectualmente, física o emocionalmente lo que ellos esperan de sus estudiantes». Así que se puede concluir que no todos los buenos profesores son investigadores ni los buenos investigadores son siempre buenos profesores.

¿Cómo ves el declive de las humanidades que se ha producido en los últimos años en la enseñanza universitaria?

C. B.- El declive de las humanidades me parece trágico para las universidades y para la sociedad. Todo ello no es ajeno a las corrientes que se han instalado en la economía como consecuencia de la globalización neoliberal y el fundamentalismo de mercado. La ideología dominante presiona a la universidad y se ha infiltrado con fuerza entre colectivos de profesores y estudiantes.

El conocimiento da paso a las habilidades y destrezas. Jordi Llovet tituló un libro *Adiós a la universidad. El eclipse de las humanidades* (Galaxia Gutenberg, 2011). El autor explica que el libro narra las experiencias vividas como alumno y luego como docente: «Empezó como estudiante en 1965 y terminó como catedrático de forma prematura en 2008: un plan de prejubilación pensado por las autoridades de la Universidad de Barcelona -entonces también vigente en otras muchas universidades españolas- acabó por convencer al autor de la idoneidad de acogerse al mismo, algo que no hubiese hecho si las circunstancias de la vida académica que se explicarán seguidamente no le hubieren invitado a tomar tal decisión». Comprendo la decisión por las circunstancias, aunque no la comparto, porque desde hace un tiempo no son muy alentadoras. A mi desde luego no me gustan y tampoco me satisfacía en mi época de rector, cuando observaba la influencia que ejercían en mis colegas el fetichismo de las palabras mencionadas a las que hay que añadir la de excelencia. Si deja de existir la crítica no se cumple la cita de Camus que menciona Llovet: «El intelectual es quien opone resistencia a las corrientes del tiempo».